

Memorias de mi vida de Giorgio de Chirico

El pintor Giorgio de Chirico (Volos, 1888-Roma, 1978) llevó a cabo durante toda su vida una intensa actividad como escritor. Su faceta literaria consta, fundamentalmente, de ensayos con los que arroja de un corpus teórico a su producción pictórica y de una multitud de artículos con los que interviene y toma partido en las múltiples polémicas que jalonan su vida artística. Escribió, igualmente, una novela, Hebdomeros (publicada en París en 1929 y saludada por los surrealistas, en plena batalla contra el pintor por aquel entonces, como obra maestra), el relato Une aventure de M. Dudron (1945), y unas Memorias publicadas en 1945 y que conocerán una segunda edición ampliada en 1962.

De Chirico escribió sus memorias en pleno arrebató contra el arte moderno. De hecho, cuando las redacta, su pintura anda alejada del estilo metafísico que había presidido su producción entre 1911 y 1918. Si a ello añadimos que toda biografía, propia o ajena, se suele guiar por una o varias ideas dominantes que se corroboran en los datos que se tienen y se dan sobre la vida, no extrañará que, en su autobiografía, De Chirico tienda a pasar por alto algunos episodios y a detenerse excesivamente en otros; que algunas fechas, confrontadas con otras fuentes o testimonios, bailen; o que, por ejemplo al rememorar sus años parisinos, De Chirico se empeñe en aclarar que él ya llamaba por aquel entonces metafísica a su pintura, cuando lo cierto es que ni su correspondencia ni sus escritos de la época (los Manuscritos parisinos) dan cuenta de ello. Pero, además, sus memorias son un ajuste de cuentas con artistas, intelectuales, críticos de arte, todo lo que suene a arte de vanguardia, que nos permite conocer a uno de los De Chiricos más polémicos, ácidos e irreverentes. Entre sus víctimas se encuentran todos aquéllos con los que había tenido algún conflicto, como Carlo Carrà, Giovanni Papini, Ardengo Soffici, Roberto Longhi, los cubistas y, cómo no, los surrealistas.

Los fragmentos de las Memorias aquí traducidos corresponden a los momentos de la formación del pintor y al nacimiento en París de la pintura metafísica, en un arco de tiempo que abarca desde aproximadamente 1908, año en el que De Chirico se encuentra en Munich estudiando en la

Accademia de Bellas Artes, hasta la entrada de Italia en la Primera Guerra Mundial (1915), cuando regresa con su hermano Alberto Savinio a Italia desde París para enrolarse en el ejército italiano. Ambos momentos, el muniqués y el parisino, se encuentran separados por un breve paréntesis de estancia en Milán y Florencia.

El período en Munich (cuna, según el pintor, de uno de los mayores desastres del siglo: el arte moderno) nos permite rastrear su formación pictórica e intelectual y, por tanto, el bagaje cultural con el que el pintor desembarcará pocos años después en el París de las vanguardias. Resulta especialmente interesante conocer lo que De Chirico considera la mayor aportación de Nietzsche a la historia del pensamiento, a saber, el descubrimiento de «la Stimmung o atmósfera de la tarde otoñal». El lector puede sorprenderse por esta afirmación, que en otro contexto resultaría una extravagancia, pero da la medida de la sensibilidad que De Chirico (como otros artistas de su época) desplegaba ante la figura del filósofo, y que será una de las más importantes fuentes de inspiración del Arte Metafísico.

En la breve etapa florentina, por su parte, cobra un curioso protagonismo el relato de una enfermedad intestinal, lo que quizá no tendría mayor importancia si no fuera porque en otros textos, el propio De Chirico atribuye a esta enfermedad, y al estado de convalecencia en que lo postró, la sensación de spaesamento que dará origen a la pintura metafísica. Por último, el relato de la estancia parisina (1911-1915) sirve tanto para hacerse una idea del ambiente que se respiraba en el París del cenáculo de Apollinaire y de los cubistas, de las primeras exposiciones de De Chirico en el Salón de Otoño y en Los Independientes, de la primera venta de un cuadro, como para conocer una postura irreverente frente a esta mítica ciudad y época.

El fragmento siguiente pertenece a Memoria della mia vita, Ed. Astrolabio, Roma, 1995.

M.M.B.

Munich

Sobre los países, como sobre los pueblos y sobre los individuos, se crean falsas leyendas; así por ejemplo Italia tiene fama de ser un país lleno de sol y de flores; en cambio, he visto muchas flores en Holanda y en Alemania y en invierno sucede muchas veces que se pasa más frío en Italia que en otros

lugares. Los austriacos tienen fama de ser más amables, más educados y más humanos que los alemanes, aunque menos serios y más frívolos; en cambio, los peores delincuentes y los criminales más sádicos del ejército nazi fueron reclutados precisamente entre los austriacos y el propio Hitler era un austriaco. También hay muchos que creen que los bávaros son menos alemanes que los prusianos, por meridionales y, por tanto, más cercanos a nosotros, más cordiales, menos duros, menos malvados; nada de esto es verdad. Yo viví dos años en Baviera y puedo asegurar que los bávaros son mucho peores que los prusianos y durante los dos años que estuve en Munich los únicos alemanes de los que fui amigo y en los que encontré un poco de cordialidad y de comprensión, alguna cualidad del corazón y del espíritu, fueron precisamente dos prusianos: Fritz Gartz y su hermano que se llamaba Kurt y era estudiante de medicina. Kurt estaba obsesionado por las ideas filosóficas de Nietzsche, y yo observé en él anomalías mentales; al mismo tiempo observé que él, como por otra parte todos los que han leído a Nietzsche, no había entendido en absoluto en qué consiste la verdadera novedad descubierta por el filósofo. Tal novedad es una extraña y profunda poesía, infinitamente misteriosa y solitaria, que se basa en la *Stimmung* (uso esta palabra alemana muy eficaz que en italiano se podría traducir con la palabra *atmosfera*) se basa, digo, en la *Stimmung* de la tarde otoñal, cuando el tiempo es claro y las sombras son más largas que en verano, porque el sol empieza a estar más bajo. Esta sensación extraordinaria se puede experimentar (pero es necesario naturalmente tener la suerte de poseer las excepcionales facultades que yo poseo), se puede sentir, digo, en las ciudades italianas y en alguna ciudad mediterránea como Niza; pero la ciudad italiana por excelencia donde aparece este extraordinario fenómeno es Turín. Yo intentaba que Kurt Gartz entendiera estas hermosas cosas; él me escuchaba muy atentamente y con gran esfuerzo intentaba entender, arrugando la frente y mirando hacia abajo, pero yo sentía que no entendía y que *nunca iba a entender*.

Una mañana, temprano, mientras todavía estaba en la cama, Kurt vino a la habitación, donde yo vivía, que me servía también de estudio. Estaba fuera de sí. Por el suelo, apoyada contra la pared, había una obra que yo había traído de la Academia y que representaba a un hombre desnudo sentado sobre una roca y que tenía a sus pies un escudo sobre el que había una espada. Kurt miró durante mucho tiempo, fijamente, esta pintura y yo pensaba que le interesaba mi trabajo y los progresos que hacía en la Academia. En cambio, empezó a hablar de un forma extraña e inconexa, como hoy hacen los críticos de arte y los intelectuales; hablaba de las batallas antiguas, de batallas homéricas, me dijo que habría querido ser un guerrero de aquellos tiempos y lanzarse desnudo con la espada y el escudo en lo más

tupido de la lucha y luego caer acribillado por los golpes. Con la voz ronca empezó a recitar versos de Schiller:

Will sich Hector ewig von mir wenden
 Wo Achill mit den unanbarn Händen
 Dem Patroclus schrecklich Opfer bringt?

(«¿quiso Héctor alejarse por siempre de mí, allí donde Aquiles con implacables manos lleva a Patroclo a horrendo sacrificio?»). Al ver que su agitación aumentaba, para calmarlo le propuse salir conmigo a dar un paseo fuera de la ciudad. Me vestí de prisa y salimos; las calles y los tejados estaban blancos por la nieve; atravesamos los suburbios y nos adentramos en el campo: en un momento dado apareció un carro sobre el que había grandes tubos de acero; las ruedas posteriores del carro, bajo el peso excesivo, penetraban profundamente en el terreno fangoso y los esfuerzos de los caballos y los afanes del carretero no lograban mover el vehículo. Mi compañero se paró y empezó a mirar fijamente esa escena, como poco antes en mi habitación había observado al guerrero desnudo. En un cierto momento, cuando seguía observando fijamente el cuadro, me tomó la muñeca y apretándola fuerte me dijo con voz sorda: «He aquí, las ruedas de este carro están fijadas en el suelo; un gran peso les impide moverse; también mi mente está como las ruedas de este carro». Algunos días después Kurt, cuyo estado mental había seguido empeorando, fue acompañado por el hermano a Berlín e ingresado en una clínica psiquiátrica. Tres años después, cuando yo ya había vuelto a Italia y me encontraba en Florencia, el pintor Fritz Gartz me escribió contándome que su hermano se había suicidado en Berlín, en un jardín público, de un tiro en la cabeza.

En la Academia de Bellas Artes asistí durante algunos meses a una clase de blanco y negro y luego pasé a una clase de pintura. Los alumnos eran pésimos. Al contrario de lo que había visto en el Politécnico de Atenas, donde había muchos jóvenes llenos de talento y llenos de temperamento romántico y de amor por la pintura. En la Academia de Munich no había ni uno que supiese sostener el carbón o un pincel en las manos. La pintura que entonces dominaba era la pintura de la Secesión; esa pintura que a continuación creó en París el estilo del Salon d'Automne y luego se desplegó por el mundo creando la pintura moderna. Todos esos estilos o géneros que se quiera, puestos de moda en París por la nefanda propaganda de los marchantes, tuvieron su origen en Munich. La Secesión de Munich ha sido la cuna, en esta primera mitad del siglo XX, de dos acontecimientos extraordinariamente nefastos para la humanidad; el segundo, como ya he dicho, infinitamente más nefasto que el primero, pues ha costado la vida y ha provocado inenarrables sufrimientos físicos y morales a millones y millones de